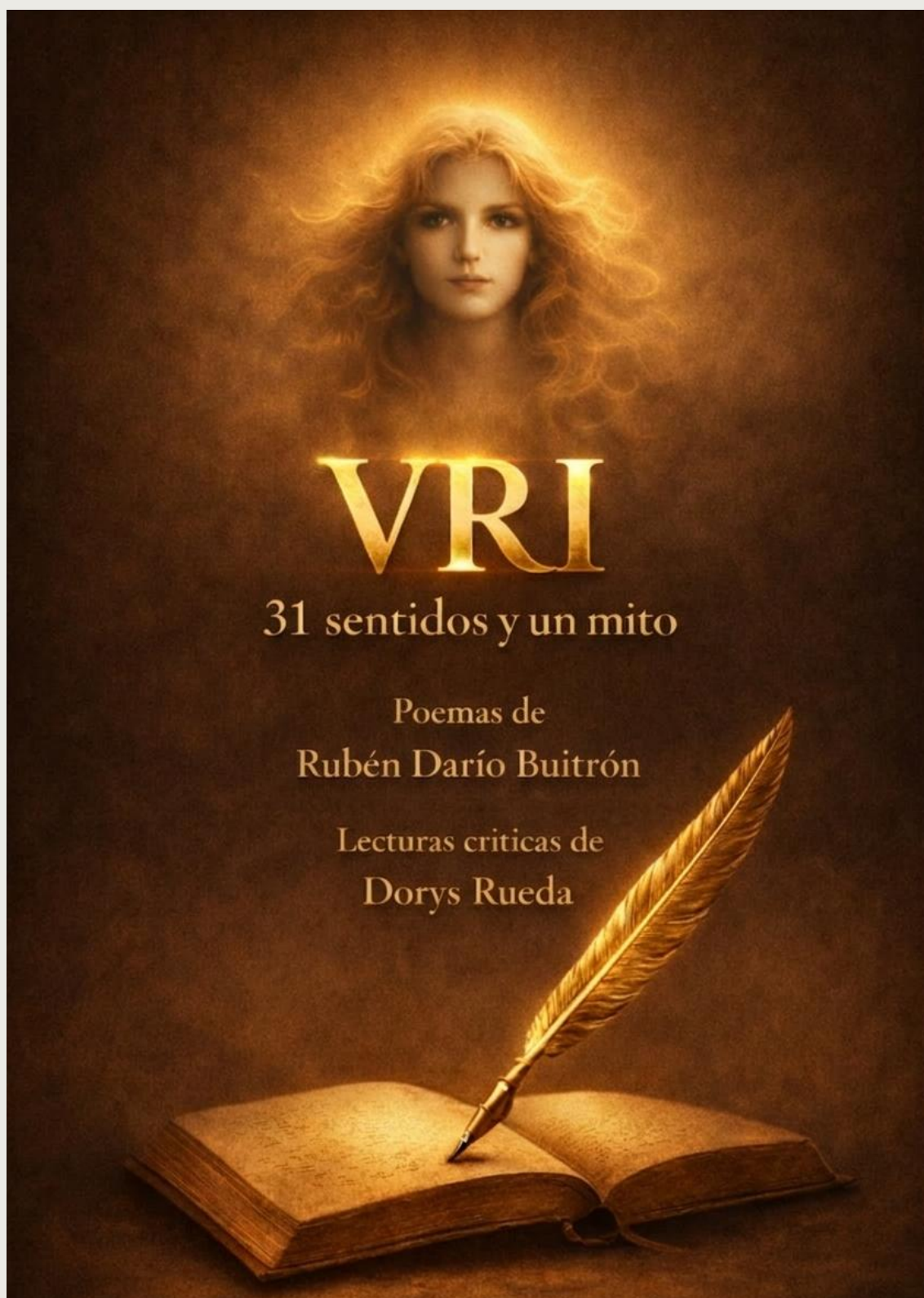




VRI: 31 sentidos y un mito

Rubén Darío Buitrón, Dorys Rueda

Edición general: Dorys Rueda

Derechos de los autores: QUI-071388

ISBN: 978-9907-0-1123-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de los autores.



CONTENIDO

PRÓLOGO 1	1
PRÓLOGO 2	3
PRESENTACIÓN DE VRI.....	5
COMENTARIO.....	7
¿CÓMO LEER A VRI?	9
LA ESTÉTICA DE VRI	10
VRI Y EL LENGUAJE	12
PALETA DE COLORES DE VRI	14
LOS SILENCIOS DE VRI	16
LA RESPIRACIÓN DEL CICLO	18
EL PULSO DEL CICLO	19
LOS SÍMBOLOS DE VRI	21
ESTRUCTURAS DEL CICLO.....	24
FASES DEL CICLO E ÍNDICE EMOCIONAL.....	26
CUADRO DEL CICLO VRI.....	27
MAPA VISUAL DE LA ESPIRAL	31
MANIFIESTO DE LA ESPIRAL.....	33
CARTA A VRI	35
ANTES DEL CICLO VRI	37
COMENTARIO	39
CICLO VRI	41
VRI 1: EL TEMBLOR	41
POEMA.....	42
COMENTARIO	43
VRI 2: EL ASOMBRO	45
POEMA.....	46
COMENTARIO	47

PRÓLOGO 1

EL ENCUENTRO CON VRI:

DE LA REALIDAD A LA IMAGINACIÓN Y VICEVERSA



Rubén Darío Buitrón

Cuando pensé cómo nombrar a Vri en mis poemas hice una serie de juegos semánticos que, sin ser explícitos, fueran conformando un personaje al mismo tiempo en situaciones reales e imaginarias.

Ese fue mi primer argumento y mi primera convicción. Durante años había estado explorando aquella posibilidad de escribir poemas que fueran una suerte de recopilación de historias que tuvieran un eje narrativo común: el amor y el desamor como una sola estructura de la vida afectiva.

Ahí se me presentó un problema estructural de forma y fondo: no debía generar interpretaciones subjetivas, especulaciones o dudas.

Desde ciertas lecturas y miradas, lo que yo dijera sería verdad o ficción, pero una lectura equívoca no entendería que lo que escribo lo hago desde mis percepciones, sentimientos, reflexiones, sueños, ilusiones, deseos. ¿Quién podría precisar si todo lo que yo describo, imagino o recuerdo tiene que ver con una realidad concreta o con realidades que construyo?

Entonces opté por otra estrategia. Contar mis historias, mis poemas, con nombres simbólicos. De nuevo me puse a jugar con lo semántico, a tratar de inventar un símbolo y

a investigar nombres de mujeres en la historia universal y de personajes femeninos de novelas, de películas y de versos ancestrales crípticos, no evidentes.

Muchos me parecieron sonoros, rotundos, hermosos en su grafía, bellos en sus formas y en su manera de pronunciarlos.

Así empecé a borrar algunos nombres, pero vino un segundo problema: me di cuenta que los personajes de los que hablaban mis poemas no necesariamente expresaban lo que imaginaba.

Tras años de escribir y buscar, y mientras las percepciones iban adentrándose en mí como algo que crecía de manera irreversible y desde la necesidad de escribir y de escribirla, surgió Vri como un nombre mágico y un personaje definitivo y decisivo.

Desde la nomenclatura críptica y desde los sentidos, desde el sentimiento persistente y la palabra que vuela de la metáfora hacia la acción y viceversa, creo que mi personaje es contundentemente humano y diverso, con altos y bajos, con cercanías y distancias.

Al hablar de Vri desde lo humano intento que los lectores vibren, compartan, sientan. Y pretendo dejar más de una reflexión, una duda, una inquietud, una emoción, un ideal, la necesidad de entender lo que la multiplicidad y diversidad del personaje significa y la identificación de quien lo lea desde su alma y sus propias experiencias.

Alguna vez, cuando publiqué uno de aquellos poemas (que son más de 100, por dar una cifra redonda), una lectora que hasta hoy sigue con atención y lealtad y curiosidad mis publicaciones diarias en Facebook, me escribió y preguntó, insistente, de dónde salió ese nombre y me pidió que le contara si era real o imaginaria.

Entendí, entonces, aquella frase tan rotunda de García Márquez: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

Y, por eso, mi respuesta fue sencilla:

-Vri es Vri.

PRÓLOGO 2



Dorys Rueda

Este libro nace de una lectura que no quiso apresurarse. De quedarse un poco más en lo que seguía vibrando cuando el poema terminaba. De acompañar ese resto —a veces mínimo— que no se deja fijar, pero insiste.

Así he leído desde siempre la poesía de Rubén Darío Buitrón: con una admiración silenciosa, de esas que no necesitan proclamarse. Una cercanía que aparece cuando se reconoce en otro una manera honesta y cuidadosa de escribir, una poesía que no exige velocidad y permite que cada verso encuentre su lugar en quien lee.

En ese ir y venir de poemas fueron apareciendo personajes mujeres. Volvían como luces breves: Zoé, Lu, Chloi, Mara, Brunn... Figuras que cumplían su ciclo dentro del texto y luego se disolvían dejando apenas un destello, una sensación que se apagaba con el cierre del poema.

Hasta que apareció Vri.

Al principio fue solo un nombre. Pero un nombre que no se cerraba al final del poema. Seguía respirando entre líneas, como alguien que, aun sin estar del todo, no terminaba de irse. Volvía. Permanecía. Sí, fui comprendiendo que Vri no era solo un personaje poético ni solo una mujer evocada. Era un punto de convergencia: una figura donde la experiencia, la memoria y la palabra se encontraban sin anularse. Una biografía que empezaba a volverse símbolo sin dejar de ser cuerpo, huella y afecto.

Hablar con el poeta ayudó a nombrar mejor esa intuición.

Él la inventa

y yo la renombro.

Él la imagina

y yo la acompaño.

Él la describe

y yo la leo (como si la reescribiera) hasta que se vuelve otra cosa.

Desde ahí se fue construyendo este libro: a partir de sus poemas y de mis lecturas, del modo en que ambos —sin proponérselo— fuimos rodeando una misma figura desde orillas distintas. No como suma, sino como resonancia.

Mi lectura no buscó explicarla ni descifrarla, sino permanecer cerca de aquello que quedaba vibrando después del poema.

Así comenzaron estas páginas. No para fijar sentidos ni traducir lo que no quiere ser dicho, sino para caminar junto al lector en ese temblor que Vri deja cuando aparece. Porque Vri no se aclara: se reconoce.

Y ese reconocimiento no llega de una vez ni de forma nítida. Primero es sombra. Luego, una claridad leve. Más tarde, ese espacio donde la vida y la palabra se rozan hasta compartir un mismo latido.

Desde ahí, Vri queda con el lector. No como una figura que se entiende, sino como una presencia que acompaña. Para quien quiera entrar sin prisa, leer despacio, respirar con ella y descubrir —quizá— aquello que en uno mismo también permanece, pero sin decirse.

PRESENTACIÓN DE VRI



Rubén Darío Buitrón

Fueron palabras que chocaban en el aire de la noche, Vri.

Palabras que no coincidían en sus sentidos, pero sí en sus intensidades.

Así, sin sabernos, empezamos a extrañar nuestros insomnios, conociéndonos sólo desde las formas de las letras y desde las maneras de articular frases en medio de las batallas de pensamientos.

Esas fueron nuestras primeras pasiones, Vri. Con ellas jugábamos a arrojarnos desde los puentes y los vértigos de las creencias y el disenso.

Tú decías que era azul y yo decía que era verde. Tú hablabas desde lo más íntimo de tus convicciones y éramos dos muros imposibles de derribar.

Pero luego, de repente, ya no fueron debates sino poemas los que, desde una magia secreta, volaban desde mi desnudez hacia la tuya sin tener en la memoria las formas reales de los cuerpos.

¿Cómo sucedió, Vri, que te hiciste necesaria y te hiciste urgente?

¿Cómo, si nuestras maneras de ver la vida eran tan disímiles e irreconciliables? ¿De dónde salieron los primeros versos que nos abrazaron, como si los desacuerdos también pudieran encender otro tipo de fuego?

Y llegamos a la urgencia de mirarnos a los ojos, sólo mirarnos a los ojos, no para zanjar las disputas sino para desafiar los disensos.

Una tarde tomamos un café anticipatorio, Vri. Y nos hablamos desde otras perspectivas.

Fue tan bello el asombro de tu rostro de ojos chispeantes y tu boca de dientes perfectos y tu blusa roja mientras te marchabas del lugar y yo me quedé con las sensaciones inéditas del encuentro.

Y vinieron las conversaciones nocturnas, Vri, pero ya no hablábamos de las noticias sino de los sentidos.

Después seguimos escribiéndonos y luego ocurrió lo del encuentro y lo de la cita para comer y lo del beso anhelante.

Así fue cómo nos volvimos irreversibles, Vri. Ya no era posible retroceder. Ya no quisimos retroceder.

Lo que vino después fue un llamado salvaje y persistente, eterno.

COMENTARIO



Dorys Rueda

Hay comienzos que no se reconocen cuando ocurren.

No llegan con un gesto claro ni con una fecha precisa, sino como una leve alteración del ritmo: algo se mueve, algo incomoda, algo insiste sin saber todavía qué busca.

Eso es lo que aparece aquí.

Antes de que Vri sea poema —antes incluso de que pueda pensarse como figura— hay fricción. Dos miradas que no coinciden, dos convicciones firmes que chocan sin anularse. No hay armonía inicial. Hay contraste. Y, sin embargo, en ese desacuerdo empieza a formarse algo compartido: la palabra.

El texto no avanza hacia un encuentro inmediato. Se detiene, más bien, en ese momento previo en el que la conversación deja de ser intercambio y empieza a volverse necesaria. Cuando discutir ya no alcanza y algo distinto —más hondo, más expuesto— comienza a decirse.

Vri aparece ahí. No como cuerpo ni como historia, sino como presencia verbal. Primero es diálogo, luego escritura, después una atención que se sostiene. No irrumpe: se filtra. Se instala poco a poco hasta que deja de ser posible ignorarla.

Pero ese tránsito no se queda en la palabra. Lo que empieza como lenguaje termina por buscar forma. Llegar un momento en que la voz ya no alcanza y se vuelve necesario mirar,

estar, comprobar. El encuentro sucede —casi sin aviso— y con él aparece algo distinto: la evidencia de que aquello que se construyó en la distancia también puede habitar un cuerpo, un gesto, una memoria concreta.

Y, sin embargo, no es el encuentro lo que define el inicio. Es la transformación que lo precede. El paso de la discusión al poema, del desacuerdo al vínculo, de la idea al temblor.

Por eso este texto no narra un origen: prepara una disposición.

Deja al lector en el mismo umbral que habita el poeta: ese punto en que algo empieza a existir sin haber sido aún nombrado del todo, cuando la palabra deja de ser solo intercambio y comienza a pesar... y, finalmente, a encarnarse.

¿CÓMO LEER A VRI?

UNA INVITACIÓN



Dorys Rueda

Leer a Vri no requiere preparación previa. Basta con estar dispuesto.

Conviene avanzar despacio, como quien entra a una casa con luz tenue y permite que los ojos se acostumbren antes de mirar. No hay apuro ni recorrido obligatorio.

El libro se abre con una nota de lectura: una breve invitación que orienta la mirada sin imponerla. Después llega el poema, que es el centro de todo, el lugar donde Vri respira y se sostiene. Al final aparece el comentario, no para traducir ni explicar, sino para quedarse cerca, acompañar lo que acaba de leerse, escuchar.

No se trata de comprender cada verso ni de buscar respuestas inmediatas. A veces basta con sentir el roce de una palabra, dejar que una duda se instale o aceptar un temblor leve que no pide ser resuelto.

Desde ahí, Vri crece en un ritmo lento, en una lectura que atiende más de lo que afirma y permite que el poema haga su propio trabajo.

Leídos con calma, estos textos no se imponen: se acercan. Y aquello que dejan resonando en el lector —eso que vuelve una y otra vez— es la entrada al Ciclo Vri.

LA ESTÉTICA DE VRI

LA FORMA VISIBLE DEL SENTIMIENTO



Dorys Rueda

Antes de recorrer el ciclo Vri, conviene observar con atención cómo ella comienza a aparecer en los poemas. No para encerrarla en una definición, sino para sentir de qué modo su presencia va modificando el lenguaje a medida que el libro avanza.

Vri no irrumpe como un personaje construido ni como un símbolo previamente pensado. En los primeros textos se anuncia apenas como una variación en el pulso del poema, como si algo empezara a desplazarse sin hacer ruido. Su aparición no es frontal. A veces es un temblor leve; otras, una quietud que sostiene.

Los espacios que la rodean —calles, trenes, mares, habitaciones— no funcionan como escenarios narrativos, sino como atmósferas. No la explican: la acompañan. Son extensiones sensibles de una emoción que atraviesa el poema y deja huella sin necesidad de nombrarse.

En el transcurso del ciclo, Vri se vuelve cada vez más presente. Ya no depende de una situación concreta ni de una historia reconocible, sino del modo en que es nombrada y del espacio que el poema abre para que el lector complete su sentido. Su presencia se vuelve más nítida precisamente porque no se afirma del todo.

La estética de Vri se construye desde la sugerencia, el silencio y los gestos mínimos. Dice más por lo que deja en suspenso que por lo que declara. En ella conviven lo humano y lo

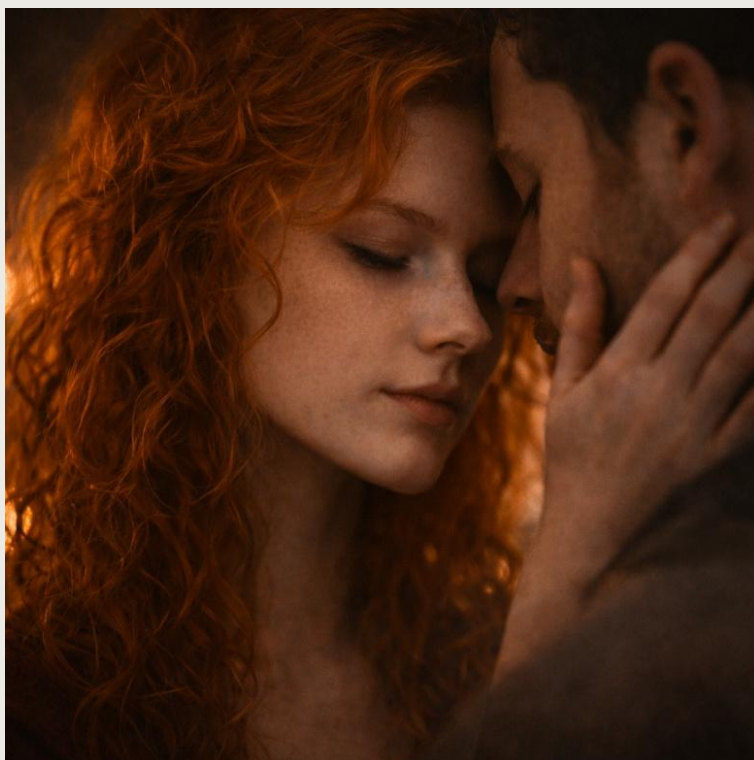
simbólico no como opuestos, sino como capas que se sostienen entre sí: lo humano la ancla; lo simbólico la expande.

Entre esas dos dimensiones —cercanía y retirada, voz y silencio— se configura una forma particular de estar en el poema. No es una figura que se imponga, pero tampoco algo que se diluya.

Así, Vri se vuelve la forma visible del sentimiento: una presencia que no se explica, pero que transforma todo lo que toca.

VRI Y EL LENGUAJE

CÓMO HABLA EL AMOR CUANDO NO SABE CALLAR



Dorys Rueda

Hay personajes que entran al lenguaje sin resistencia, como si las palabras ya los estuvieran esperando. Con Vri me pasó lo contrario: sentí que era la palabra la que tenía que ensancharse un poco para poder recibirla.

Desde su primera aparición, algo en el verso empezó a moverse. No sabría decir exactamente qué, pero se volvió más pausado, más atento, más hondo. No fue una decisión de estilo ni un gesto técnico. Era más bien un desplazamiento interno, como si al nombrarla el lenguaje buscara otra música, otro modo de decir.

Con Vri, el poema empezó a respirar distinto. No había lugar para la prisa ni para el énfasis. Todo pedía cuidado. Un borde. Una sombra. Ese temblor que sostiene lo que se dice sin cerrarlo del todo.

A medida que el ciclo avanza, el lenguaje no se mantiene igual. Cambia de textura. A veces apenas sugiere; otras, se abre, se rasga, se vuelve claro. Luego vuelve a empezar. Cada poema parece un nuevo intento, una búsqueda de la frase justa para una presencia que nunca termina de quedarse quieta.

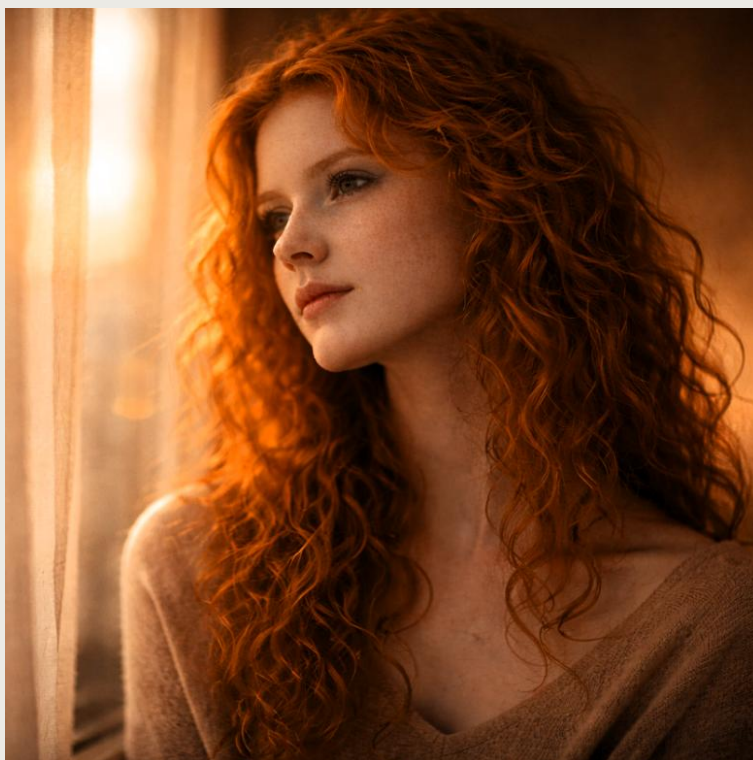
Cada vez que aparece, algo se modifica en el tono: una luz un poco más alta, una pausa más larga, un trazo más íntimo. No siento que el poeta escriba sobre ella; más bien, es el lenguaje el que se reorganiza alrededor de lo que Vri provoca.

Por eso, leer a Vri es también leer cómo la palabra se mueve: cómo duda, cómo tropieza, cómo insiste, cómo —a veces— encuentra un cauce que antes no estaba. Vri no cambia la historia. Cambia la voz que la dice.

Y en ese cambio, casi imperceptible pero decisivo, se deja ver la naturaleza del ciclo: una atención sostenida a la trayectoria de cómo una presencia apenas nombrada va rehaciendo, poco a poco, la manera en que el lenguaje aprende a estar.

PALETA DE COLORES DE VRI

LA EMOCIÓN HECHA ATMÓSFERA



Dorys Rueda

Antes de recorrer su espiral, conviene detenerse en los tonos que acompañan a Vri.

No funcionan como símbolos rígidos ni como códigos secretos, sino como matices que atraviesan los poemas y permiten intuir su forma de existir.

No nombran estados cerrados, sino climas.

No indican qué sentir, sino desde dónde se siente.

Estos colores no ordenan ni explican el ciclo: lo acompañan.

Son la atmósfera donde Vri respira, el fondo sensible sobre el que la palabra se desplaza, la manera en que el sentimiento se vuelve visible sin necesidad de decirse.

OCRE SUAVE



El color de lo que empieza sin prisa, como una claridad que todavía no sabe su rumbo.

AZUL



Un eco de profundidad.
El pensamiento que vuelve.
La emoción que no se explica.

GRANATE



El roce del deseo en sus primeras formas, esa intensidad que aparece sin anunciarse.

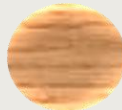
DORADA



La luz que la rodea cuando se vuelve cercana, el instante que se abre y se sostiene un segundo más.

Y hay un tono que no corresponde a un momento del vínculo, sino a lo que queda cuando todos los otros han pasado.

SEPIA



La memoria: lo que no desaparece aunque no pueda tocarse.

LOS SILENCIOS DE VRI

LO QUE NO SE DICE TAMBIÉN SOSTIENE



Dorys Rueda

Hay presencias que no necesitan palabras para llegar; su modo de existir es quedarse.

Vri aparece así: primero en el borde, en una leve suspensión del decir, en esa pausa donde algo empieza a existir antes de encontrar forma.

En sus poemas, lo más hondo no siempre está en la frase que primero se ve, sino en lo que queda alrededor de ella. Un silencio atento, de esos que se quedan cerca y acompañan sin imponerse.

A veces ese silencio se manifiesta como una claridad contenida; otras, como una zona de reserva donde el poema decide no avanzar. No explica ni concluye. Deja espacio. Permite que el lector se acerque sin ser conducido, que escuche lo que no fue dicho y complete desde su propia experiencia.

Porque Vri no vive en la palabra afirmada, sino en la que duda, en la que rodea, en la que se queda a medio decir. Es una presencia que el poema cuida con delicadeza, como si supiera que nombrarla del todo sería perderla.

En esos silencios —no dramáticos ni solemnes, simplemente necesarios— Vri encuentra su forma más persistente. Allí no se impone ni se desvanece: permanece, se queda.

Y lo que cada lector descubre al cruzar ese espacio ya no pertenece al poema ni al poeta. Pertenece a quien lee y reconoce, quizá sin buscarlo, que también llevaba algo guardado en un silencio parecido o en el mismo.

LA RESPIRACIÓN DEL CICLO

EL RITMO EMOCIONAL



Dorys Rueda

Vri respira de forma distinta en cada poema.

Aun así, algo une a los textos poéticos: la manera en que su presencia entra y se retira de los versos, como si todo el libro compartiera un mismo latido interior.

Hay textos en los que el poema se expande, toma aire y la voz avanza con mayor soltura. En otros, el ritmo se vuelve más contenido —como si decir demasiado pudiera romper algo frágil—; entonces, el poema avanza con cautela y precisión y Vri aparece solo en lo necesario.

El ciclo entero se sostiene en ese movimiento: una respiración que se abre y se recoge, que se acerca y se retira, y que mantiene viva la lectura sin agotarla.

EL PULSO DEL CICLO

LA EMOCIÓN QUE LATE



Dorys Rueda

El índice emocional no busca explicar los poemas. Los acompaña.

No traduce lo que ocurre en ellos ni propone una lectura correcta, sino que señala el movimiento afectivo que atraviesa el ciclo y la huella que cada texto deja en quien lee.

Este cuadro no fija significados ni clausura interpretaciones.

Funciona como una orientación sensible, una manera de percibir el ritmo interno del libro.

Lo demás sucede en la lectura, poema a poema.

CICLO VRI	ÍNDICE EMOCIONAL
Es la estructura profunda del libro.	Es la vibración emotiva de cada poema.
Ordena el recorrido del vínculo: aparición, humanización, paradoja, claridad, fugacidad, revelación, despedida.	Señala el tono que deja cada texto: temblor, asombro, herida, plenitud, una despedida que no cierra.
Muestra cómo avanza la espiral.	Muestra cómo se siente el lector dentro de esa espiral.
Es la arquitectura secreta del libro.	Es la respiración del ciclo, poema a poema.
Mira el movimiento interno del vínculo	Permite reconocer la emoción que ese movimiento despierta.
Es el mapa.	Es el pulso.

LOS SÍMBOLOS DE VRI
EL LENGUAJE SIMBÓLICO

Dorys Rueda



Son pequeñas luces y señales que el poema deja caer para que el lector encuentre su propio rumbo, sin indicaciones previas.

1. AIRE

- Es el pulso que abre los poemas.
- Lo que mueve sin tocar, lo que anuncia un cambio antes de que suceda.
- La primera frontera que Vri empieza a cruzar.

2. INSTANTE

- El punto donde algo se revela sin anunciarse.
- La fracción mínima que no se alcanza a explicar, pero se reconoce como decisiva.

3. TIEMPO

- No el cronológico, sino el que se pliega sobre sí mismo.
- El que se suspende en una mirada o se acelera cuando una emoción lo desborda.

4. TREN

- El desplazamiento: lo que llega y lo que parte.
- En Vri, el tren nunca es destino; es el movimiento donde algo se pierde y algo comienza a reconocerse.

5. BURBUJAS

- Lo que se alza sin dejar huella, aunque por un instante lo contiene todo.

6. SILENCIO

- La zona donde el poema respira.
- Lo que no se dice, pero sostiene todo lo demás.

7. PLUMA

- El gesto de escribir cuando la palabra deja de alcanzar.
- La forma en que el lenguaje se vuelve tacto y se posa donde duele o donde ilumina.

8. MEMORIA

- El retorno constante a lo que no termina de irse.

9. AUSENCIA

- Lo que no está y, sin embargo, pesa.
- Una forma silenciosa de presencia.

10. ESPIRAL

- El movimiento interior.
- La emoción que gira sin cerrarse, que vuelve a un punto que nunca es el mismo.

11. TRASLUZ

- La forma de ver sin poseer.
- Lo que se deja entrever sin revelarse del todo, donde la claridad no es plena, pero tampoco falta.
- Una zona intermedia donde la mirada no invade: acompaña.
- En Vri, el trasluz no muestra la totalidad; insinúa lo suficiente para que el sentido ocurra sin imponerse.

Cada uno de estos símbolos está cerca de Vri sin intentar explicarla. No buscan decir quién es, sino dejar ver cómo se mueve su misterio; acompañan al poema como una sombra suave.

ESTRUCTURAS DEL CICLO



Dorys Rueda

El ciclo Vri se sostiene sobre cuatro formas de respiración. No son categorías ni etiquetas cerradas, sino modos de acercarse a los poemas, maneras de leerlos sin forzarlos. Estas estructuras no explican el texto: lo acompañan y orientan su escucha.

1. RITUAL DE LECTURA

Es una invitación. El poema abre una puerta, marca un comienzo y exige tiempo. No importa tanto lo que dice, sino lo que empieza a moverse mientras se lee.

Son textos que necesitan silencio y una cierta disposición: dejar que algo ocurra sin apurarlo, sin ponerle nombre enseguida.

2. CONSTELACIÓN

Vri aparece de a poco, en un gesto, un lugar, un país, un recuerdo apenas mencionado. No surge entera.

Son textos hechos de pequeñas señales. Cada una suma una presencia más, como luces dispersas que no terminan de dibujar una forma, pero la sugieren.

3. DOBLE RESPIRACIÓN

Hay poemas donde la voz del poeta y la presencia de Vri caminan juntas. Lo que él siente se mezcla con lo que ella despierta y el poema avanza en dos respiraciones que se buscan sin forzarse a coincidir.

Es un espacio compartido, aunque el encuentro completo no sea posible.

4. FULGOR SERENO

En algunos momentos del ciclo, la emoción se vuelve más clara y, a veces, dolorosa.

No son poemas de cierre, sino de una mirada más tranquila. El amor aparece sin exageraciones, sin promesas grandes. Se lo mira tal como es, con su belleza y también con su límite.

Cada poema se mueve desde una de estas formas. Juntas no cuentan una historia ordenada, sino que dejan ver cómo el vínculo entre el poeta y Vri cambia, se desplaza, avanza, retrocede y se transforma.

FASES DEL CICLO E ÍNDICE EMOCIONAL



Dorys Rueda

El ciclo Vri no avanza de manera lineal.

Cada texto apunta a un estado emocional distinto, una manera de estar en el afecto: de aproximarse o retirarse, de sostener o soltar.

Para acompañar ese recorrido, el libro propone una lectura en capas que se entrelazan: la emoción que pulsa, los símbolos que la rodean y la estructura que le da forma sin fijarla. Ninguna de estas capas explica por sí sola el poema; juntas permiten percibir su profundidad sin clausurarla.

El cuadro integrado que sigue no busca ordenar el sentimiento ni establecer un sentido definitivo. Funciona como un gesto de acompañamiento: un mapa sensible que permite observar cómo cada Vri se inscribe en una fase del ciclo, qué emoción predomina y desde qué forma poética respira.

El lector puede avanzar siguiendo el ritmo natural de los poemas o detenerse en este cuadro para percibir el latido que los atraviesa.

Ninguna de estas rutas es obligatoria. Así como el amor, la lectura también tiene su propio pulso y su propia manera de permanecer.

CUADRO DEL CICLO VRI

ÍNDICE EMOCIONAL Y ESTRUCTURAL

VRI	FASE DEL CICLO	ÍNDICE EMOCIONAL	ESTRUCTURA
Antes del ciclo	Expectativa	Deseo / ilusión	Ritual de lectura
VRI 1 – El temblor	Aparición	Temblor inaugural	Ritual de lectura
VRI 2 – El asombro	Humanización	Asombro corporal	Ritual de lectura
VRI 3 – La pregunta	Humanización	Incertidumbre	Doble respiración
VRI 4 – El deslumbramiento	Humanización	Fascinación	Doble respiración
VRI 5 – El riesgo	Paradoja	Exposición afectiva	Doble respiración
VRI 6 – Después de la batalla	Paradoja	Cansancio/ lucidez	Fulgor sereno
VRI 7 – El domingo de las voces ocultas	Paradoja	Intimidad velada	Constelación

VRI 8 – La vulnerabilidad	Paradoja	Fragilidad	Doble respiración
VRI 9 – La levedad que desarma	Claridad	Levedad consciente	Fulgor sereno
VRI 10 – El fuego creador	Claridad	Energía creadora	Doble respiración
VRI 11 – La plenitud del deseo	Claridad	Plenitud	Fulgor sereno
VRI 12 – La intensidad	Claridad	Intensidad	Doble respiración
VRI 13 – La plenitud que no se exhibe	Claridad	Goce contenido	Fulgor sereno
VRI 14 – Lo que nunca fuimos	Claridad dolorosa	Conciencia del límite	Fulgor sereno
VRI 15 – Tristeza de tristezas	Claridad dolorosa	Comprensión del quiebre	Fulgor sereno
VRI 16 – La urgencia que no descansa	Fractura	Imposibilidad de sostener	Doble respiración

VRI 17 – La pérdida de sí	Fugacidad	Disolución del yo	Constelación
VRI 18 – La madrugada que asume lo imposible	Fugacidad	Aceptación dolorosa	Fulgor sereno
VRI 19 – El regreso a sí mismo	Revisión	Retorno afectivo	Constelación
VRI 20 – El lugar donde el amor ya no obedece	Revisión	Autonomía	Fulgor sereno
VRI 21 – El amor	Revelación	Reconocimiento	Fulgor sereno
VRI 22 – La revelación esencial	Permanencia	Presencia sin demanda	Fulgor sereno
VRI 23 – El amor que habita dentro	Permanencia	Interiorización	Fulgor sereno
VRI 24 – El amor que atraviesa el tiempo	Permanencia	Trascendencia	Constelación
VRI 25 – El eco que no cede	Revelación retrospectiva	Deseo que permanece	Constelación

VRI 26 – Quién eres, Vri	Conciencia	Pregunta identitaria	Constelación
VRI 27 – La puerta	Umbral	Suspensión	Ritual de lectura
VRI 28 – Cuando Vri se vuelve mito	Fundación del mito	Conciencia simbólica	Constelación reflexiva
VRI 29–31 – La despedida	El adiós	Asunción sin consuelo	Fulgor sereno

MAPA VISUAL DE LA ESPIRAL



VRI 28 – CUANDO VRI SE VUELVE MITO
VRI 27 – LA PUERTA
VRI 26 – QUIÉN ERES, VRI
VRI 25 – EL ECO QUE NO CEDE
VRI 24 – EL AMOR QUE ATRAVIESA LOS TIEMPOS
VRI 23 – EL AMOR QUE ME HABITA
VRI 22 – LA REVELACIÓN ESENCIAL
VRI 21 – EL AMOR
VRI 20 – EL LUGAR DONDE EL AMOR YA NO OBEDECE
VRI 19 – EL REGRESO A SÍ MISMO
VRI 18 – LA MADRUGADA QUE ASUME LO IMPOSIBLE
VRI 17 – LA PÉRDIDA DE SÍ
VRI 16 – LA URGENCIA QUE NO DESCANSA
VRI 15 – TRISTEZA DE TRISTEZAS
VRI 14 – LO QUE NUNCA FUIMOS
VRI 13 – LA PLENITUD QUE NO SE EXHIBE
VRI 12 – LA INTENSIDAD
VRI 11 – LA PLENITUD DEL DESEO
VRI 10 – EL FUEGO CREADOR
VRI 9 – LA LEVEDAD QUE DESARMA
VRI 8 – LA VULNERABILIDAD
VRI 7 – EL DOMINGO DE LAS VOCES OCULTAS
VRI 6 – DESPUÉS DE LA BATALLA
VRI 5 – EL RIESGO
VRI 4 – EL DESLUMBRAMIENTO
VRI 3 – LA PREGUNTA
VRI 2 – EL ASOMBRO
VRI 1 – EL TEMBLOR

Dorys Rueda

MANIFIESTO DE LA ESPIRAL



Dorys Rueda

La historia de Vri no es lineal. Nunca regresa al mismo lugar: cada vuelta trae una herida distinta, una luz nueva, una pregunta que antes no existía.

Por eso este libro no responde a un trayecto ascendente ni a una caída definitiva.

Su forma es la espiral: un modo de avanzar que se abre y se estrecha, que asciende apenas y luego desciende, que gira alrededor de un centro que nunca se deja fijar del todo.

En esa espiral, Vri aparece, se humaniza, se vuelve paradoja, se aclara, se hace fugaz, se revela y, finalmente, permanece.

Nada se cierra.

Nada se detiene.

Cada poema roza un borde y retrocede, como si la emoción necesitara buscar otro ángulo para decir aquello que todavía no sabe decirse.

El mapa que propone el libro no es geográfico: es respiratorio.

Se mueve como un pecho que toma aire y vuelve a soltarlo.

Esa es la ley de la espiral: un ritmo que no pretende resolver, pero que revela cómo un vínculo insiste en existir incluso cuando parece haber dejado de hacerlo.

Aquí no hay un centro fijo.

Lo que sostiene la figura es el deseo, la herida, la claridad que llega tarde, la fugacidad que también es eternidad y la despedida que —aun en su dolor y en su esperanza oculta— no borra lo que fue ni aquello que permanece.

La espiral permite comprender que el amor no se explica: se atraviesa; que no termina: se transforma.

Cada lector encontrará su propio punto de entrada y también su manera íntima de seguir girando dentro de ella.

Este manifiesto no ordena ni clasifica: invita.

Invita a leer con lentitud, a reconocer cuándo la espiral se abre y cuándo se estrecha, a sentir cómo la emoción cambia de altura sin abandonar nunca su impulso central.

CARTA A VRI
MI LECTURA PERSONAL



Dorys Rueda

Nunca te llamé.

Jamás dije “pasa” ni preparé un lugar para ti.

No hubo invitación ni gesto previo que anunciara tu llegada.

Aun así, encontraste un borde: una fisura mínima en una frase cualquiera, una palabra que, sin que yo lo notara, había quedado entreabierta.

Entraste por ahí.

No llegaste porque yo te buscara ni porque existiera el deseo de nombrarte.

Apareciste como lo hacen ciertas presencias: sin ruido, sin permiso, sin pedir lugar.

Al principio fuiste apenas un sonido tenue, algo que regresaba con insistencia.

Luego te volviste intensidad, una que crecía cada día hasta que ya estabas ahí y negar tu presencia dejó de ser posible.

A veces creemos que podemos decidir qué nace en la palabra y qué queda afuera, qué se escribe y qué se descarta.

Contigo entendí que no siempre es así.

Entonces solo quedó callar y dejar que te leyeras sola, permitir que marcaras tu propio ritmo y que tu nombre encontrara su forma sin que yo interviniera.

No intenté explicarte.

Me acerqué, apenas, como quien afina el oído para reconocer una voz que ya estaba allí desde antes.

Seguí tu movimiento y dejé que ocuparas el espacio que reclamabas, sin forzarlo.

Así entraste, Vri: sin aviso, sin artificio.

ANTES DEL CICLO VRI



POEMA

Te miro a lo lejos, Vri, en la distancia más inútil,
como si allá, donde se juntan los mares y los cielos,
fuera posible amarnos sin que lo impida ningún dolor,
sin que el pasado rasgue el deseo de mil movimientos de arcoiris.
Pero el tiempo es un lobo herido y solitario, Vri,
un lento e interminable desfile de hormigas silenciosas,
una amenaza que se desliza como funámbulo por las almas,
un muro de palabras imposibles de escuchar.
Y entonces es cuando la vida duele en los pies,
cuando de nada sirve avanzar como un fallido tren,
cuando la urgencia de amar es un abismo acechante,
cuando las luces de la infelicidad enceguecen los rituales.
Cuánto daría por esquivar las ceremonias obligadas, Vri,
cuanto daría para que los días y las noches transcurran

a la velocidad de la sed, de la emergencia, de la desesperación.

Rubén Darío Buitrón

COMENTARIO



Dorys Rueda

Hay comienzos que no llegan como un inicio claro, sino como una incomodidad que se instala.

Este poema se mueve en ese punto.

Desde el primer verso aparece una distancia que no es solo espacial: *“Te miro a lo lejos, Vri, en la distancia más inútil”*. No es una lejanía que se pueda atravesar. Es una que permanece, que no acerca.

El deseo intenta imaginar otro lugar— *“donde se juntan los mares y los cielos”*—, pero no como esperanza, sino como imposibilidad. Amar sin dolor aparece solo como idea, no como experiencia.

El tiempo entra entonces como algo que desgasta: *“un lobo herido y solitario”, “un lento e interminable desfile de hormigas”*. No avanza para construir, sino para insistir en lo mismo. En esa repetición, el cuerpo empieza a sentirlo: *“la vida duele en los pies”*.

Avanzar ya no significa llegar.

El amor tampoco se presenta como refugio. Se vuelve riesgo: *“la urgencia de amar es un abismo acechante”*. Incluso la luz se altera: *“las luces de la infelicidad enceguecen los rituales”*. Lo que debería orientar, confunde.

Por eso aparece el deseo de salir de lo establecido: *“esquivar las ceremonias obligadas”*. No como rebeldía, sino como necesidad de escapar de un tiempo que no responde.

Aquí no hay encuentro.

Hay una conciencia previa: la de un amor que existe, pero no encuentra su forma.

Antes del ciclo, Vri no aparece todavía como presencia.

Aparece como tensión.

Como aquello que aún no se puede sostener, pero ya no se puede ignorar.

CICLO VRI

VRI 1: EL TEMBLOR



NOTA DE LECTURA

Vri 1 aparece con la primera vibración.

No es todavía una historia, sino el temblor inicial de nombrar a otra persona y descubrir que ese nombre ya empieza a mover algo.

POEMA

¿Recuerdas, Vri?

Esa noche caía la nieve y nos casamos en la Catedral de los Secretos, en Alcalá de Henares.

Estábamos tan bellos, tan dolorosos y bellos.

Había flores, había arroz, había vestidos de seda, había caballeros y damas de honor.

Pero ni tú ni yo estábamos allí. Y fue a la mañana siguiente cuando empecé a pensar en que era cierto que no debíamos nombrarnos.

A veces, en mi torpeza frágil, suelo extraviarme en la idea de que hay cielos inasibles que nunca se dejan aprehender del todo y que hay amores que se pierden ahogados en su suerte.

Un fin de semana nos escribimos cartas y luego acordamos encontrarnos en la puerta 2 del acceso 9 en la estación del Metro de Nueva York.

Subimos al mismo tren y nos sentamos frente a frente, no juntos, para leer en libertad y entre las sucesivas sombras y luces de la cabina las cosas que nos dijimos en esos papeles inexistentes que te despertaron tantas sospechas y dudas aunque las palabras reales no estaban dichas.

Qué cosas, ¿no? Tantos inviernos que nos juntamos en Librería Ateneo de Buenos Aires y con gestos de picardía y misterio leímos partes de libros nuevos que nos atraían por sus portadas o por los nombres de sus autores, aunque la señorita rubia y gorda que nos vigilaba se mostraba inquieta y observaba atenta nuestros movimientos por si se nos ocurriera robarnos un ejemplar o dos.

Así fue la mañana cuando caminamos tomados de las manos por el malecón de Manta y dijiste que tenías miedo de tener miedo y que más importante que nosotros dos era tu paz en nuestros destinos paralelos que al final serán asíntotas de nuestros lutos.

También te escuché decir que debíamos aparecer ante los otros como la nada para que los cuervos de la desesperanza no supieran de nuestro todo.

Y así, en medio del rumor de misiles que estallaban en el paisaje de las olas, la complicidad se fue esfumando como suele deshacerse la espuma del mar cuando la absorbe la incertidumbre de la arena.

Y tu nombre, este nombre, Vri, dejó de aparecer para siempre en los porvenires celebratorios que yo invento en mis poemas.

Rubén Darío Buitrón

COMENTARIO



Dorys Rueda

Leer Vri 1 es entrar en un lugar que todavía no termina de formarse. No hay una historia en el sentido habitual. Hay escenas que aparecen y se disuelven, como si el poema probara distintas maneras de acercarse a algo que aún no quiere decirse del todo.

Desde el inicio se percibe esa cautela. El poema pregunta “¿Recuerdas, Vri?”, pero lo que sigue no es un recuerdo firme, sino una sucesión de imágenes que parecen verdaderas y, al mismo tiempo, improbables. Una boda, una catedral, flores, arroz... y luego la frase que desarma la escena: “*Pero ni tú ni yo estábamos allí*”. No suena a negación brusca, sino a una primera conciencia: lo que importa no es el hecho, sino la intensidad con la que fue imaginado.

En este primer texto, Vri no aparece como alguien concreto. Es una presencia que se construye desde la imaginación, desde lo que no ocurre del todo. El poema insiste en encuentros que quedan a medio camino: cartas inexistentes, trenes compartidos sin contacto, manos que caminan juntas y, aun así, se mantienen en un borde. “*Nos sentamos frente a frente, no juntos*”, dice el poema, y esa precisión sostiene todo el tono. Hay cercanía, pero también una forma de contención que todavía no se explica.

Las ciudades —Alcalá, Nueva York, Buenos Aires, Manta— no funcionan como escenarios realistas. No se describen: se nombran. Son puntos dispersos de una geografía afectiva que no busca fijarse en un solo lugar. Como si la ilusión, en este comienzo, necesitara moverse para no volverse del todo real.

Aparece también, muy temprano, una forma de cuidado atravesada por el miedo. *“y dijiste que tenías miedo de tener miedo”* no se enuncia como conflicto, sino como estado. No se trata solo de amar, sino de no herir, de no exponerse demasiado, de preservar algo frágil que todavía no sabe cómo sostenerse. De ahí la decisión de no nombrarse, de *“aparecer ante los otros como la nada”*, como si el amor necesitara volverse invisible para poder existir.

Hacia el final, algo se apaga sin estruendo. La complicidad *“se fue esfumando como suele deshacerse la espuma del mar”* y el nombre de Vri deja de aparecer *“en los porvenires celebratorios”* que el poeta había imaginado. No hay dramatismo. Hay una aceptación temprana de que algo no logró permanecer, incluso antes de haber sido plenamente vivido.

Este primer poema no inaugura una historia; inaugura una forma de sentir. Vri nace aquí como una presencia sostenida más por la ficción que por los hechos, más por la palabra que por el cuerpo. Y quizá por eso mismo resulta tan persistente.

Desde el comienzo, Vri aparece así: no como certeza, sino como un temblor inicial que ya no se deja borrar.

VRI 2: EL ASOMBRO



NOTA DE LECTURA

Vri deja de ser idea y se convierte en lugar donde la mirada aprende a quedarse.

POEMA

En tu ombligo, Vri, por fin hallo el paisaje.
Hay montañas, sabanas, honduras, curvaturas.
Hay un recorrido, una aventura, una épica del cuerpo.
Ritualizo el primer alunizaje de las yemas de mis dedos.
Celebro las formas altas y los valles de tu piel.
La contemplación, Vri, me estremece despacio y en silencio.
Puedo retozar, acurrucado, desnudo en la desnudez.
Te exploro para saber cuánto eres posible.
Una epopeya es tu ombligo, Vri. Un oasis salvaje y plácido.
Hay iluminaciones, pronósticos, caricias, territorios.
Hay ceremonia, comunión, festividad.
Conmemoro la existencia de tus espacios sagrados.
Festejo el don de mirar, el don de regocijarme en ti.
Con mis manos temblorosas planeo el acercamiento
e imagino el estallido de luz en todos los centros de mí.

Rubén Darío Buitrón

COMENTARIO



Dorys Rueda

Aquí el asombro no irrumpe de golpe. Se abre despacio, como si el poema probara primero el aire antes de entrar. *“En tu ombligo, Vri, por fin hallo el paisaje”*, dice, y ese *por fin* pesa: algo venía buscando forma desde antes. No es una imagen para adornar el verso. Es un centro, un lugar donde la mirada aprende a quedarse.

Lo que sigue no describe un cuerpo: lo recorre. *“Hay montañas, sabanas, bonduras, curvaturas”*. La enumeración no busca convencer ni cerrar una imagen; examina. Va tocando palabras como quien prueba caminos sin mapa. El deseo no empuja: se orienta. Y en ese gesto, el cuerpo deja de ser superficie para volverse territorio.

Hay un cuidado que se repite. *“Ritualizo el primer alunizaje de las yemas de mis dedos”*. No se trata de tocar por tocar. El verbo —ritualizar— ralentiza el movimiento y le da peso. Obliga a leer más despacio, como si el poema pidiera permiso antes de avanzar.

La contemplación aparece varias veces, no como pausa sino como forma de estar. *“La contemplación, Vri, me estremece despacio y en silencio”*. El estremecimiento no estalla ni se impone. Se recoge. Aquí el asombro no grita: observa, se deja afectar sin necesidad de decirlo todo.

Hay una tensión suave entre lo salvaje y lo apacible. *“Un oasis salvaje y plácido”*. No se resuelve: convive. Quizá por eso el poema insiste en la ceremonia, en la comunión, en la festividad, no como celebración ruidosa, sino como reconocimiento. Estar ahí ya es suficiente.

Cuando el poema dice *“Te exploro para saber cuánto eres posible”*, no suena a posesión. Suena a pregunta. A una curiosidad que no quiere cerrar nada. Explorar no para tomar, sino para comprender hasta dónde llega lo que se ofrece.

Hacia el final, la luz aparece, pero no como clímax. *“e imagino el estallido de luz en todos los centros de mí”*. No ocurre: se imagina. Y en esa suspensión queda algo que no necesita cumplirse para ser verdadero.

En este segundo poema, Vri deja de ser apenas intuición y empieza a ocupar espacio. No invade: se deja recorrer. El asombro no es exceso, es atención. Y tal vez eso sea lo que más permanece: la sensación de estar entrando en algo que pide respeto antes que entusiasmo.

Si desea continuar leyendo el libro completo de este universo poético o adquirir la edición impresa en papel, puede comunicarse y suscribirse al correo electrónico:

elmundodelareflexion@gmail.com

ISBN: 978-9907-0-1123-4

